

El Abrumador Salario de Michael Jordan

Por

Jorge A. Sanguinety

¿Le molesta que un jugador de baloncesto (o de cualquier otro deporte) gane \$30 millones al año? ¿Cree que eso implica una injusticia y que parte de ese dinero debía ir a personas necesitadas o más merecedoras? ¿Considera que el gobierno debía hacer algo al respecto, como ponerle un límite o un impuesto?

Si dió tres respuestas afirmativas, usted es un socialista convencido, y a menos que sea demasiado joven, posiblemente no tiene remedio y no debe perder el tiempo leyendo este artículo. (Si no sabía que pensaba como socialista y es enemigo furioso de Castro, tiene que ir a un siquiatra, preferiblemente uno que también sea doctor en Ciencias Políticas). Con dos respuestas afirmativas, sigue siendo socialista, pero nunca lo admitirían en el partido por ser un elemento vacilante y revisionista, contaminado por los vicios de la pequeña burguesía. Con sólo una respuesta afirmativa puede que tenga una posibilidad de salvación. Tratemos de razonar, pues.

¿Por qué Michael Jordan gana \$30 millones al año por lanzar una bola por un aro, mientras que muchos otros que se dedican a trabajos más complejos y supuestamente más útiles no llegan a una fracción de esa cantidad? La respuesta es sencilla. Porque la sociedad en su conjunto así lo desea. Mientras haya miles y miles de personas que libremente estén dispuestas a pagar mucho más dinero por ver jugar a Jordan que por leer este artículo, yo necesitaré unos cuantos siglos para llegar a lo que él gana en un año (sin contar con lo que gana en publicidad).

¿Por qué nos parece que hay algo mal en esta situación donde unos pocos ganan mucho y unos muchos ganan poco? Porque nuestro concepto de mérito no está de acuerdo con la realidad que observamos. Porque creemos que un policía que se juega la vida en su trabajo merece mucho más de lo que gana. Pero, una economía libre no cree en merecimientos teóricos. La sociedad determina conjuntamente la distribución de los recursos que produce. Si usted quiere pagar una cierta cantidad por el boleto que le permite ver jugar a Jordan, nadie tiene derecho a decirle que no lo haga. Si hay un suficiente número de personas que quieren hacer lo mismo con su dinero, nadie tiene derecho a decirles a las empresas promotoras de los diversos deportes que compiten entre sí por la atención del público, que no pueden cobrar más que una cierta cantidad. ¿Con qué derecho puede alguien decirles a los agentes económicos que pueden pagar tanto o más cuanto o gastar en ésta o en aquella actividad?

Pero, salgamos del terreno del derecho y del mérito y veamos lo que pasa si tratamos de intervenir directamente en “el problema”. Supongamos que le ponemos un techo al salario de Jordan. (A todos los demás miembros de la sociedad habrá que ponerles límites también). El primer problema es determinar el nivel de la restricción. Al ganar mucho menos, si Jordan sigue jugando igual, la diferencia iría a los empresarios, los que se harían más ricos. Si Jordan pierde el incentivo y juega

con menos ahínco, el público no estaría dispuesto a pagar tanto por los boletos. Si estas restricciones se aplicaran a toda la sociedad, el público trabajaría menos, lo cual haría que la sociedad produjera menos, no se divirtiera tanto y no llegará a ser muy próspera. O sea, algo así como lo que vemos bajo el socialismo en Cuba: un estado vigilante que operaría permanentemente en la sociedad. El mismo nos dictaría qué comer, cuándo dormir, qué leer, cuánto trabajar y hasta cómo hacer el amor. Todo en función de una sociedad más “justa” que unos burócratas (o un tirano) manejarían a su antojo.

Michael Jordan y otros deportistas o artistas de talentos excepcionales, y por lo tanto, escasos (lo cual puede incluir una cara linda o una voz extraordinaria), tienen la suerte de trabajar en una sociedad de grandes libertades como la de Estados Unidos, y no en Cuba. Aquí, ellos pueden ser los beneficiarios directos de sus propios talentos y esfuerzos para cultivarlos. Aún cuando hay agentes e intermediarios que también ganan fortunas, la libertad de los actores y atletas principales les permite ganar la parte que les corresponde. La libertad económica es la base de la justicia distributiva. Y desigualdad distributiva no es necesariamente equivalente a injusticia social.

Si usted cree que Michael Jordan gana demasiado y que Roberto Luque Escalona, Enrique Patterson, Vicente Echerri y yo no, vaya a convencer a los aficionados del baloncesto a que el dinero de los boletos lo gasten en comprar lo que escribimos. (¡Buena suerte!). O, lo gasten en educar a las masas para que vean un poco más de heroísmo en una periodista valiente o un professor honrado, y un poco menos en un atleta espectacular, pero sin duda merecedor.

Junio de 1996